

MELANCOLÍA Y FINITUD EN LA OBRA DE ROMANO GUARDINI

FRANCISCO J. SAGUIER

Dentro del sufrimiento humano, existe uno particularmente doloroso. Este dolor es la melancolía. Algunos autores afirman que la llamada “postmodernidad” es esencialmente melancólica¹.

Desde mediados del siglo XIX la melancolía es considerada técnicamente una enfermedad². Toda la importancia y trascendencia que ella podría implicar por sí misma fue, a la postre, desatendida u olvidada. Así, el concepto de melancolía fue identificado con la *depresión* para distinguirlo de las connotaciones poéticas y metafísicas que encerraba en el entonces movimiento romántico³. Curiosamente se dejó de lado una realidad que, aún sonando muy romántica, en verdad no lo era⁴.

En casi toda la obra de Romano Guardini podemos ir encontrando la temática sobre la melancolía. Sin embargo él la trata explícitamente en un pequeño pero luminoso y consolador libro titulado “*Acerca del significado de la melancolía*”⁵.

Allí nos advierte que este dolor es tan intenso y profundo, “*quizá el más doloroso de la existencia humana*” según él, que no puede ser tratada exclusivamente por psiquiatras y médicos ya que es “*algo en donde se vuelve absolutamente claro el punto crítico de nuestra situación humana*”. Guardini aborda no sólo su fenomenología sino principalmente su significado espiritual so pena de que las interpretaciones parciales y en general, reduccionistas, la banalicen y entonces terminen ocultando una realidad que encierra algo “*grande y precioso*”.

La equiparación sin más de la melancolía con la depresión puede ser una confusión que, entre otras cosas, ensombrece el campo de observación, tratamiento y aceptación de este fenómeno. No sólo eso, sino algo mucho más grave, como tendremos ocasión de ver, ya que este dolor “*penetra con demasiada profundidad en las raíces de la existencia humana*”. En efecto, para Guardini no es lo mismo la melancolía en tanto expresión de una patología psiquiátrica o en tanto síntoma acompañante de una determinada afección clínica, que la melancolía como expresión de la situación existencial del hombre no sólo de nuestro tiempo –inmerso en un vacío espiritual– sino de todo el género humano, en particular, tras el pecado original⁶.

Tensión entre lo finito y lo infinito

Si bien este fenómeno se pone de manifiesto en los órdenes orgánico, psíquico, moral e intelectual, sin embargo los excede; y aunque sea posible ubicarlo dentro de un acontecer puramente humano, su causa profunda y las fuerzas que lo ponen en movimiento y lo dirigen, son de carácter espiritual y sobrehumano. Porque la melancolía posee el carácter de una experiencia *traumática* que penetra en toda la estructura del ser humano y que persiste a lo largo de los tiempos. Sería el *trastorno*

¹ Armando, Alanís, *Entrevista con Roger Bartra*, <<http://www.herrerros.com.ar/melanco/alanis.htm>>, 1998, (12 de diciembre de 2004).

² Wikipedia, *Depresión*, <http://es.wikipedia.org/wiki/Depresión>, 2003, (28/12/2004).

³ *Ibidem*.

⁴ Semejante destino hubieron de padecer también las palabras “retorno” y “nostalgia”, destruyendo con ello lo que de reales y verdaderas podían contener (Komar, E., *Orden y Misterio*, p. 90).

⁵ Romano Guardini, *Acerca el significado de la melancolía*. Traducción al castellano directa del original alemán *Vom Sinn der Schwermut*. In Verlag der Arche-Zürich, 1949, llevada a cabo por el profesor de filosofía de la UBA Miguel Ángel Nesprías. Publicada en Alcmeón, revista Argentina de Clínica Neuropsiquiátrica, en el año 2001.

⁶ R. Guardini, *La existencia del cristiano*, Madrid, BAC, 1999, p. 133.

originado por la separación del Creador. El anhelo natural y espontáneo que poseía en sí la criatura racional por Dios en el estado originario, se vio profundamente alterado, intensificándose en la medida en que la vuelta a su verdadero origen se cerraba de un modo casi definitivo, de no mediar la promesa cumplida de la redención. A partir de la ruptura, tal anhelo lleno de esperanza se ha teñido de desesperación.

De ahora en más existe en el hombre un claro estado de tensión entre dos polos: la nada y el infinito. La visión de lo infinito como una realidad distante produce una emoción agridulce en el espíritu del melancólico. “La distancia frente al infinito se convierte a veces en lejanía infinita que sume al hombre en la nada: es la desesperación, sentimiento deletéreo que abate al espíritu”.

Este estado afectivo se da especialmente en los espíritus de fina sensibilidad, dotados para percibir con un mayor grado de conciencia “*el desequilibrio entre la grandeza finita del hombre y la grandeza infinita del Creador*”⁷.

Entonces, el melancólico ve y siente intensamente la finitud de las cosas, la fugacidad del tiempo y su propia condición de ser naciente y a la vez mortal, unida a una conciencia de infinito que se presenta como una ausencia de plenitud perdida. En la melancolía se hace presente, y con toda su fuerza, el deseo de Absoluto. Deseo que nace frente a la percepción de una realidad que en sí misma no colma, no sacia ni puede saciar por su natural limitación: “*(...) toda finitud es deficiencia. Y para el corazón, que reclama lo absoluto, esta deficiencia es un desencanto. Este desencanto se ensancha y se convierte en sentimiento de un gran vacío... No hay nada que sea digno de existir. Y no existe nada por lo cual valga la pena ocuparse...*”⁸.

A las cosas les falta algo, a los hombres y a uno mismo les falta una plenitud que debieran tener porque quizá la tuvieron en un momento efímero. Hay una complejidad en la melancolía que consiste por un lado en la añoranza de lo que fue y por el otro en una “agria constatación de lo presente”; es decir, ella proviene de la soledad de la ausencia y de la reminiscencia de la plenitud perdida. Y este querer revivir aquella plenitud, grabada a fuego en su corazón, engendra una sed insaciable. Hay una sed insaciable de trascendencia a causa de la presencia añorada de Dios⁹.

Esta conciencia de tensión entre lo finito y lo infinito, entre lo relativo y contingente con lo Absoluto genera esa *pesantez de espíritu*. Sin embargo, esa misma pesantez da a toda actividad “*una densidad propia, una particular hondura*” que nace no de “*una circunstancia particular sino de la existencia misma que conduce las energías humanas a una adecuada tensión*”¹⁰.

El dolor de la melancolía sería el precio a *pagar* por una existencia lúcida y profunda, consciente del verdadero ser de las cosas, ya que en sí mismas no existirían de no ser por la constante creación divina.

Esencia de la melancolía

Para Guardini, el valor central de la melancolía reside, en su esencia última, en que es un “anhelo de amor”, ya que lo que impulsa más profundamente su corazón “*es el Eros, la aspiración de amor y belleza*”. Amor en todas sus formas y grados, “*desde la sensualidad*

⁷ R., Guardini, *Acerca del significado de la melancolía*.

⁸ Ibidem.

⁹ Cfr. Francisco Saguier, *Implicancias filosóficas del concepto de melancolía según Romano Guardini*, Tesis de Licenciatura, UCA, 2005, pp. 51-61.

¹⁰ R., Guardini, *Acerca...*

*más elemental hasta el amor supremo del espíritu*¹¹. El corazón del melancólico está penetrado en su totalidad del Eros. Desde su centro mismo brota ese deseo de amor y de belleza, profundo e inmenso, que penetra las cosas pero principalmente *“el todo”*. De allí que experimente con intenso dolor la fugacidad de las cosas: *“el objeto amado le es arrebatado, la belleza viviente es sólo efímera, lo bello tiene por encima a la muerte”*¹².

Frente a la fugacidad y contingencia que dejan vacío su corazón, el melancólico anhela lo absoluto y lo eterno, exige aquello que está cubierto de todo riesgo, *“completamente profundo e interior”*.

La clara aspiración de unión con lo absoluto en cuyo alcance encontraría el consuelo y la paz definitiva de su más íntima inquietud, choca con la finitud produciéndole eso que, según nuestro autor, es posible rastrear a través de la historia de la investigación y del pensamiento, esto es, *“la insatisfacción particularmente apasionada producida por lo finito”*¹³.

La insatisfacción que produce lo finito en lo íntimo de su centro lo lleva de modo casi necesario a percibir un vacío en las cosas. Vacío no porque sean en su núcleo una nada de contenido y de valor –lo que sí sucede, en cambio, en el monismo y en el nihilismo–, sino en cuanto son portadores de algo divino que despierta y acrecienta el gusto por lo eterno, por lo infinito, por lo absoluto. Es por ello que la melancolía se relaciona con el hastío, porque *“se busca apasionadamente, por todas partes, algo en las cosas que ellas no tienen”*¹⁴.

Entonces, la insatisfacción por la finitud por un lado, y la aspiración por lo absolutamente bueno por el otro, –lo que es por naturaleza, según Guardini, “el específico y propio objeto del amor”–, forman un especial contrapunto que distingue al melancólico.

Pero el anhelo o aspiración por lo absoluto va unido en él a una dolorosa convicción y sensación interior: su cumplimiento es imposible. Imposibilidad que *“radica en el modo cómo es querido lo absoluto: con una impaciencia que quiere ser satisfecha demasiado rápido, con una exigencia de inmediatez que no ve las instancias intermedias y se introduce así por un camino extravagante...”*¹⁵.

Tenemos así que el problema no es tanto la aspiración como su modo. Quiere lo eterno ahora, y ante tal imposibilidad surge la impaciencia, que lo puede llevar por caminos extravagantes.

En síntesis, se puede decir que ella es *“la aspiración por la plenitud de valores y de la vida, por la belleza infinita, unida en lo más hondo con ese sentimiento de fugacidad de las cosas, de negligencia ante el deber, de pérdida irreparable, con la insaciable tristeza, aflicción e intranquilidad que eso trae consigo”*. De allí que sea *“como una atmósfera que todo lo inunda, como un fluido que todo lo penetra, como una sustancia amarga y dulce al mismo tiempo, que se mezcla con todo”*¹⁶.

Sólo de este modo es posible comprender el impulso del melancólico a vivir oculto y en silencio. Porque como dice nuestro autor, el silencio y la soledad que de modo natural busca y lo caracteriza, *“da cuenta de la gravitación interior del alma hacia el gran centro”*¹⁷.

¹¹ Ibidem.

¹² Ibidem.

¹³ Ibidem.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Ibidem.

¹⁶ Ibidem.

¹⁷ Ibidem.

Y este es el sentido último y positivo del impulso al silencio y la ocultación propia del melancólico: ir a lo profundo, allí donde se encuentra lo esencial, lo simple y lo sagrado lejos de la posible “confusión” de lo múltiple, lejos del bullicio de un mundo contingente y desterrado. Es, en palabras de Guardini, “huir de lo superficial para refugiarse en el misterio de las profundidades originales”¹⁸.

Y en íntima unión con este deseo de apartarse de lo múltiple en favor de la “simplicidad de lo fundamental” o, lo que es lo mismo, de lo *uno*, se encuentra el deseo de un espacio sin límites: “Y, en extraña “oposición”, encontramos la afinidad con el espacio infinito, con las extensiones vacías: el mar, la estepa, las crestas desnudas de los montes, el otoño que hace caer las hojas y amplía los espacios, el mito con sus siglos que se remontan hasta el infinito en el pasado. El espacio sin límites en el exterior y la vida interior oculta se comunican entre sí. Tanto una como otra son símbolos y lugares de experiencias profundas”¹⁹.

Sentido último

El sentido último del fenómeno que, como bien ha dejado claro, supera cualquier consideración médica y pedagógica, es indicarnos nuestra constitucional limitación o finitud y a la vez ser “signo de que el Absoluto existe”²⁰.

La melancolía es entonces testimonio de nuestra miseria y a la vez de nuestra grandeza. Miserables por nuestra condición natural herida por el pecado original que nos valió la expulsión del paraíso con sus terribles consecuencias; grandes porque manifiesta nuestra vocación de eternidad al permitirnos presentir de antemano, en nuestro corazón, la proximidad de Dios en el hombre y de acogerlo en nuestra existencia.

El melancólico no puede pensar las existencias finitas –incluido él mismo– como si fuesen una “naturaleza” autosuficiente. Si es honrado, si es humilde, esa insuficiencia de la realidad se le presenta como un signo de que el Absoluto existe. Y esto es totalmente decisivo para el modo como él se encuentra en la existencia. En efecto, para poder dar cumplimiento cabal a su realización como hombre pleno, es necesario que viva según el modo de la realidad. Y tal vivir incluye un ver, un querer y un sentir. Ello supone la conciencia de que lo finito –el mundo y uno mismo– no es lo último, precisamente porque no es lo primero. De allí que la posesión y configuración de sí y del mundo se haga a partir de esta gran verdad: Dios es el fundamento de todo lo que es. La actitud contraria es propia del espíritu de autonomía con sus consecuencias negativas para el hombre en todas sus dimensiones. Para Guardini, no es casual que un espíritu como el de Nietzsche, colmado de una enfermiza autoestima y una ambición de poder, haya sido “hipersensible, gravemente enfermo y haya terminado con la mente en tinieblas”.

Una consideración panteísta, donde la finitud como tal no existe en sí, no responde a las exigencias íntimas del hombre. Toda la divinización de la naturaleza llevada a cabo por la modernidad con sus diversas expresiones, no hace sino extinguir a la persona y perder su dignidad. Esto se debe a que las respuestas modernas al problema del origen humano son contrarias a su ser. De esa forma el hombre se pierde en abstracciones racionalistas que lo alejan de sí mismo y de la realidad. Así es como surge una angustia y una mala melancolía ante la existencia absurda que hacen nacer la nostalgia de lo perfecto. Al abandonar al Dios personal y trascendente, el hombre se vuelve incomprensible para sí mismo. Los intentos de auto interpretarse a espaldas de Él,

¹⁸ Ibidem.

¹⁹ Ibidem.

²⁰ Ibidem.

terminan necesariamente, según Guardini, en la absolutización de sí o en la inmolación de sí. El primer caso se traduce en un rechazo a todo lo que es dado, sin normas que lo obliguen, pero a la vez, *“arrojado en cualquier sitio, a merced del tan poderoso como temible destino, teniendo que decidir en cada instante su propio hacer, su propio ser...”*; el segundo caso, esto es, la inmolación de la persona, se traduce en una consideración de sí mismo como *“un elemento del universo, una cosa entre las cosas, una célula en el Estado. No tiene ningún sentido por sí mismo. Radicarse en sí mismo es (...) un sabotaje. Tiene que diluirse en el todo, y convenir en inmolarsé”*²¹.

Romper con Dios y la creación implica una desintegración del ser humano. No es un acontecimiento gratuito olvidar que en su núcleo más íntimo la realidad es participación. Falsear la verdadera imagen de Dios, conlleva de modo necesario falsear también, ipso facto, la condición humana. La liberación sólo proviene, según Guardini, de este conocimiento que implica, en justicia, un querer y un sentir: saberse creatura de un Dios trascendente y personal que llama a la existencia²².

Buena y mala melancolía

Según Guardini, los melancólicos son la clase de hombres a quienes él llama de *“frontera”* porque experimentan inquietud y desasosiego causado por la proximidad de Dios, lo que produce a un mismo tiempo *“dicha”* y a la vez, *“constituye una amenaza”*. La amenaza por la diversa dirección que puede tomar la potencia de este fenómeno en el hombre, de tal manera que ese poder se transforme en *“buena”* o, por el contrario, en *“mala melancolía”*²³.

*“Buena es aquella que precede al alumbramiento de lo eterno. Es el conflicto interior producido por la cercanía de lo eterno, que apremia por hacerse realidad. Es la exigencia constante y efectiva (consciente o no) a dar cabida en la propia vida al contenido infinito, a expresarlo en el modo de pensar y de obrar”*²⁴. Es decir, la plena aceptación de su estado creado y caído, en otras palabras, la aceptación del *exitus* y del *reditus*: un volverse a Dios, un retornar a Él viviendo de algún modo ya en Él.

La melancolía puede afectar de un modo negativo las relaciones decisivas con la realidad. Sin una adecuada relación con ella entonces no es posible dominar los problemas de la existencia. Guardini señala dos situaciones donde se constata esta relación deficiente con la realidad: *“perderse en la inmediatez de la naturaleza y los sentidos, y perderse en la inmediatez de lo religioso”*²⁵.

Se expresa de múltiples formas emanadas del monismo: *“... el propio yo es considerado un pedazo de naturaleza (...) sin límites claramente delineados en ninguna parte. Todo es uno: un ser, una sola vida, un nacer y esforzarse, un único sentimiento y un único sufrimiento... Toda la multiplicidad de las cosas no es más que expresión de lo uno. Lo uno se va manifestando en miles de formas. Esta es la gran tentación de desplomarse, de dejarse estar, y de acuerdo al estado de ánimo, de gozar sin límites, experimentar todo, agotar las fuerzas vitales... o caer en una fatigosa entrega de sí mismo... o en la resignación ante las grandes potencias frente a la propia pequeñez de uno... (...) –también– encontramos un titanismo del espíritu, (...) que cuestiona todo para destruirlo...”*²⁶.

²¹ Ibidem.

²² Cfr. varias obras del autor, especialmente *La aceptación de sí mismo*.

²³ Ibidem.

²⁴ Ibidem.

²⁵ Ibidem.

²⁶ Ibidem.

Y de esta mala melancolía surge el aburrimiento o tedio vital tan característico de nuestra época que le huye disfrazada de consumo hedonista. Su raíz surge de la desviación de la tendencia natural al Creador, es decir, del reemplazo injusto por lo finito de la tensión infinita por el infinito, donde su especial impulso a la plenitud ya desviado *“procura encontrar en ellas (las cosas) ese peso, esa seriedad, ese fervor y esa capacidad de realización que tanto se anhela, y sin embargo es imposible. Las cosas son finitas”*²⁷.

Este tedio es buscar el *Todo* en lo limitado sin atender a su real naturaleza. Esta imposible búsqueda de lo absoluto en lo finito, origina infinidad de desórdenes. El resultado de esa absolutización es la ruptura de esos mismos límites que constituían al ser en cuestión, de tal modo que tras su ruptura ya no queda ni el ser –objeto de ese supuesto conocer, querer o desear–, ni la satisfacción del deseo. Entonces sobreviene el vacío. Porque al no respetarse los límites que dan consistencia al ente, se termina, a la postre, con la misma nada. Y eso es el aburrimiento vital. Pascal lo define como la *“vivencia de la nada del ser”*.

El fondo que subyace en la mala melancolía es la renuncia a lo que para él es lo decisivo en las relaciones con la realidad de todo lo que es: la existencia del límite. El límite otorga consistencia e identidad a los seres, particularmente al ser humano. Primero existe una diferencia con el mundo ya que lo trasciende por ser persona. Pero segundo y más esencial aún, existe una diferencia de Dios con el hombre. Él lo trasciende. El hombre es su creatura²⁸. De allí que no le sea posible *“derramarse”* en Él. El camino hacia Dios *“pasa por la conciencia de la distancia infinita, por el profundo respeto, por el “temor y temblor” de la criatura”* (Kierkegaard)²⁹.

Por eso es que para Guardini el sentido del hombre se encuentra en ser un *“límite viviente”* asumiendo la vida misma que se sitúa en el límite y a la que se debe soportar *“en toda su extensión”*. Sólo de esa forma es como el hombre puede permanecer en la realidad y librarse de *“falsos encantamientos”* que absorben su ser ya sea ante una confusión con la divinidad o con la naturaleza.

La conciencia de los límites naturales tanto del ser propio como el de todas las demás cosas, es la actitud propia del hombre. Reconociendo y aceptando los límites, es la verdadera disposición, ya que es un reflejo de la realidad. Por eso para Guardini es tan importante este punto: la actitud del límite es la actitud de la realidad. Se hace necesaria pues la consecución de las virtudes de la veracidad, de la valentía y de la paciencia. Esas virtudes son las propias de la buena melancolía que, apremiada por lo eterno, por lo ilimitado, por lo pleno, de cabida a lo finito y perecedero haciéndole así la debida justicia.

En la mala melancolía, por el contrario, se es incapaz de aceptar y vivir según los límites. Existe en el fondo una negación del estado creatural. De esa forma cae en falsos encantamientos. Y la modernidad se constituyó justamente bajo la negación de la finitud del mundo y de la negación de la infinitud trascendente de Dios. Así el mundo no tiene más justificación que él mismo en tanto realidad infinita. Si el mundo lo es todo, Dios no sólo queda debilitado, sino relegado al plano de lo irreal. De allí que nuestro autor defina esta realidad infinita como *“mala infinitud”*: *“La mala infinitud –dice–, a diferencia de la buena, expresa la ausencia de límites desde el inicio”*³⁰. La ausencia de límites sitúa al ser

²⁷ Ibidem.

²⁸ Cfr. F., Saguier, Implicancias...

²⁹ Sören, Kierkegaard, *El concepto de la ironía* (XIII, 386, *La ironía según Fichte*, final).

³⁰ R. Guardini, *Die Entfernung des Andromeda-Nebels*, en *“Die Schildgenossen”* 6 (1926), pp. 519-530; posteriormente recopilado en *In Spiegel und Gleichnis. Bilder un Gedanken*, Matthias Grünewald, Mainz 71990, p.

humano ante una totalidad explicable en y por sí, sin referencia a nada exterior, a nada fuera de ella. Entonces todo pasa a ser o un nihilismo angustiante o su contrapartida, esto es, el monismo; ambos, negadores de la trascendencia.

CONCLUSIÓN

La melancolía, según él, posee en última instancia un valor claramente metafísico por cuanto nos revela, por un lado, la finitud, y por otro, la presencia de un mal presente que nos remite, en un anhelo lleno de nostalgia, a nuestro máximo bien, el Sumo Bien³¹.

De ser así, entonces ya no es posible desterrarla de la existencia humana al igual que otras formas del mal, como él mismo reconoce. Si es signo de nuestra creaturidad y miseria a la vez, entonces representa una cuña insoportable para el optimismo de corte iluminista³² que pretende no sólo eliminar el dolor humano fáctico sino también el inmenso sentido que éste puede alcanzar, no en cuanto él mismo lo posea, sino en cuanto que cumple una función de referencia al sentido³³.

De esta forma, la melancolía cobra de golpe una importancia inusitada. Toda mirada que busca lo que de veras es, ha de hallarse en algún momento con esta experiencia que se presenta como “la gran encrucijada”, porque, o nos abre al Creador y a la verdad de la existencia por medio de la fugacidad de las cosas que anclan en lo eterno, o por el contrario nos cierra a toda verdadera participación ahogándonos en la inmanencia, sea ésta por el absurdo del *nihilismo*, sea por la anulación de todo límite y de toda consistencia propia del *panteísmo*.

El dolor de la melancolía, según Guardini, no puede ser entonces eliminado de este mundo, pero puede ser asumido en una existencia que entiende y acepta, por un lado, sus naturales limitaciones, y por el otro, su situación de exilio tras la primera y trágica desobediencia. Visión profunda y aceptación valiente constituyen quizás la única gran posibilidad para poder marchar por el claroscuro de la existencia. Esta aceptación de los límites humanos revelados por medio del dolor es lo que nos sitúa, para él, en el orden auténtico de la creación y del Creador.

178, Citado por Ricardo Gibu, *Génesis de la cuestión antropológica en la obra de Romano Guardini*, <<http://www.mercaba.org>>, 2004, (22 de enero de 2005).

³¹ Ibidem.

³² Cfr. Mihura Seeber, Federico, *Aproximación al dolor*, Educa, Buenos Aires, 2002.

³³ Cfr. Spaemann, Robert, *El sentido del sufrimiento*, Atlántida: revista trimestral de cultura, ciencia y humanidades, Madrid: Rialp, Vol.4, no.15 (jul.-set. 1993), p. 74.